

---

---

# EL PLURALISMO VASCO

## Juan Pablo Fusi

---

*análisis y debate*

---



1

I

Muchas interpretaciones del problema vasco adolecen de una ignorancia considerable de la realidad histórica y cultural del País Vasco. Obsesionados por definir las claves de la peculiaridad de los vascos —de su mentalidad colectiva, de su cultura, de su historia—, esas interpretaciones tienden a la simplificación y a la unilateralidad, a identificar la personalidad histórica vasca con lo que son, en todo caso, sino algunos rasgos y hecho singulares (nunca, los componentes definitivos y últimos de aquella).

Son frecuentes, por ejemplo, referencias a la inflexibilidad, a la tenacidad, a la capacidad para la acción de los vascos; o se esgrime el recuerdo de las guerras carlistas o se subraya la exaltación de la fuerza y el vigor físico en la mentalidad popular vasca —en los deportes, por ejemplo—, y todo ello para probar que la intransigencia y la obstinación caracterizan la psicología (y la política) de los vascos. O se pretende interpretar lo vasco

en razón de —por citar algunos ejemplos— la profunda religiosidad del pueblo, de su mesianismo, de su sentido de la laboriosidad, de su pasado matriarcal, de su tradicionalismo familiar y social. Se ve también en la tosquedad de la lengua vasca, y en la falta de una verdadera tradición literaria en la misma, la evidencia de que los vascos son un pueblo intelectual rudo y simple, con las consecuencias que ello supone. En suma, se quiere ver en el clima de conflictos y tensiones que el País Vasco viene padeciendo desde la década de 1960 el reflejo y la consecuencia de un comportamiento colectivo marcado, en última instancia y casi desde siempre, por la violencia, la irracionalidad, el fanatismo y la rudeza.

De poco sirve recordar que hasta el siglo XIX la integración de las provincias vascas en el Estado español no resultó problemática (lo que no quiere decir que no hubiera conflictos ocasionales); o que episodios a menudo tenidos por paradigmáticos —las guerras medievales de bandos, las propias guerras carlistas— no fueron hechos específicamente vascos sino que se produjeron con características parecidas en muchos otros territorios. No vale decir que Guipúzcoa, hoy tan conflictiva, fue durante años y años, hasta bien recientemente, presentada como un modelo de desarrollo armónico, de equilibrio social y de moderación política. De nada sirve afirmar que el terrorismo ha sido un fenómeno históricamente desconocido en el País Vasco hasta los años 60 y que la región disfrutó históricamente de un grado de estabilidad política comparativamente notable. Nada de eso vale, ni recordar que, durante siglos, se vio en vizcaínos, guipuzcoanos y alaveses el estereotipo del «secretario» —el funcionario discreto y eficaz, la antítesis del aventurero—, ni echar mano de los múltiples ejemplos históricos en los que vascos dieron pruebas abundantes de flexibilidad política y voluntad conciliadora y pactista. Persiste —y hay que suponer que va a persistir por mucho tiempo—, una imagen estereotipada —y por ello deformada y falsa—, del pueblo y del país vascos, la imagen del pueblo arisco y orgulloso, de talante aristado y trato difícil o imposible.

Y lo que aún complica más las cosas. Junto a esta visión estereotipada desde el exterior, existe una interpretación mitificada de la realidad y de la historia vasca dentro del propio País Vasco. Al igual que lo que ocurriese en casos asimilables (Irlanda, Córcega, Flandes, etc.), unos «mitos vascos» —esto es, un conjunto de simplificaciones sobre el pasado y la naturaleza de los vascos— han contribuido a fijar, en mayor o menor grado, una conciencia colectiva propia y diferenciada. Mitos como la diferencia étnica, la limpieza de sangre, el igualitarismo, la hidalguía, la democracia ancestral, la armonía social, la autoctonía inmemorial, la indestructible soberanía secular, la persistente victimización centralista y otros, han sido elementos importantísimos en la construcción de la imagen que los vascos se han hecho de sí mismos. Lo de menos, además, es lo que haya de verdad detrás de tales mitos. Estos cumplen una labor operativa: la justificación de creencias, aspiraciones y reivindicaciones. Por eso que sirve de poco que muchos de los mitos vascos no resistan la crítica histórica: están por encima de toda explicación y análisis racional y académico.

Todo lo dicho no hace sino poner de relieve la urgencia y la necesidad de que explicaciones y análisis matizados, críticos, desmitificadores, revisionistas, se abran camino de cara a una percepción correcta y a un entendimiento claro de la cuestión vasca. Que uno ya no crea que plantear correctamente un problema sea una forma de empezar a resolverlo, no es obstáculo a que lo intente, aunque sólo sea por razones de higiene intelectual. Pues bien, en mi opinión, ninguna explicación del hecho vasco podrá ser válida si no parte del reconocimiento de la pluralidad cultural y política del pueblo vasco en su historia, si no se admite como una realidad empírica indiscutible la diversidad de formas de expresión de la identidad vasca, si no se acepta que el pluralismo define tanto la personalidad histórica como la actual realidad socio-política del País Vasco.

Dicho más claramente: el País Vasco se caracterizaría por un amplio pluralismo cultural y político, un dualismo lingüístico y una variedad de mentalidades y hábitos de comportamiento social. El País Vasco sería una sociedad moderna y compleja definida por una agudizada pluralidad cultural, política, social y económica.

## II

El término pluralismo no se usa aquí en un sentido meramente coloquial, como equivalente a variedad o multiplicidad de ideologías y opiniones, ya que, en este sentido, todas las sociedades son pluralistas. Por pluralismo cultural y político se entiende —de acuerdo con la idea original propuesta en 1915 por Horace M. Kallen—, una realidad territorial caracterizada por contener en su interior distintos grupos culturales y étnicos, coexistiendo armónicamente y no fundidos en una cultura unitaria. De acuerdo con esa idea, el País Vasco carecería de una identidad unitaria que fuese o únicamente euskaldún o únicamente española. Probablemente la tuviese en su día (aunque Vizcaya, Alava y Guipúzcoa —por no aludir para nada ni al siempre polémico caso de Navarra ni a los de Laburdi, Zuberoa y Benabarre—, tuvieron siempre historias separadas); pero es claro que, desde fines del siglo XIX, desde que la industrialización quebró definitivamente el orden tradicional vasco, lo que define al País Vasco es el pluralismo cultural, la existencia en su interior de varias subculturas diferenciadas —diferenciadas, por ejemplo, por la lengua y por la historia—. La sociedad vasca contemporánea encaja dentro de lo que Val Luwin, Sartori, Lijphart y otros científicos de la política han calificado como «sociedades segmentadas», «sociedades plurales» y expresiones similares. Como Bélgica, como Suiza, como Holanda —por citar tres ejemplos europeos conocidos—, el País Vasco es una sociedad plural, culturalmente diversa y étnica, lingüística y políticamente segmentada, una sociedad cuya estructura social presenta, además de marcadas diferencias socio-económicas, claras fracturas culturales y nacionales.

## III

Se trata, por tanto, de reconocer que la personalidad histórica vasca es plural y múltiple, y que toda interpretación exclusivista, reduccionista y excluyente de aquélla resulta, en consecuencia, radicalmente falsa e insuficiente.

Piénsese, por ejemplo, en el dualismo lingüístico. Nadie negaría que el *euskera* es la lengua propia de los vascos y, por serlo, uno de los fundamentos de la identidad diferenciada del pueblo vasco. Pero no es menos cierto que el castellano —o el francés, si quisiéramos extender la tesis a los territorios vascofranceses— ha sido igualmente instrumento de expresión de sentimientos y preocupaciones genuinamente vascos, que ha sido la lengua que, paradójicamente, ha permitido el desarrollo de una parte considerable de la cultura escrita vasca (incluidos los propios Fueros y la propia ideología nacionalista).

Si se piensa con serenidad y sin prejuicios políticos, se comprenderá que la castellанизación lingüística no ha supuesto una amenaza a la personalidad vasca. El castellano ha sido, en todo caso, un complemento del *euskera* en la labor de proyectar las realizaciones del quehacer cultural e intelectual de los vascos. Así ha ocurrido, por ejemplo, en los casos de Unamuno, Baroja, José M.<sup>a</sup> Salaverría, Basterra y Maeztu (o, en la postguerra, de Blas de Otero, Gabriel Celaya, Ignacio Aldecoa, Xavier Zubiri, Julio Caro Baroja, Miguel Artola) y de tantos escritores e intelectuales vascos que ni han escrito en lengua vasca, ni han limitado su horizonte intelectual a temas estrictamente euskaldunes. Esa vocación universal de muchos intelectuales nacidos en el País Vasco —mayoritariamente vertida en castellano— es una constante en su historia cultural: representa, por tanto, una tradición tan genuinamente vasca como la tradición propiamente localista y euskaldún.

Implicito en lo dicho está la tesis de que la cultura vasca es mucho más que la herencia étnico-folklórica del pueblo vasco. Por cultura vasca hay que entender el sistema de las ideas, experiencias y realizaciones estéticas, literarias, intelectuales y científicas de los vascos, con independencia de su relación —o falta de ella— con la subcultura euskaldún. Cultura vasca es la expresión de las distintas subculturas que coexisten en el País Vasco.

Difícilmente podría haber sido de otro modo. Lo propio de sociedades como la vasca contemporánea —esto es, de las sociedades complejas y modernas— es, como certeramente observara Radcliffe Brown, la coexistencia en su interior de un número variable de diferentes tradiciones culturales. En el caso vasco, la heterogeneidad cultural se derivaría, al menos, de las siguientes circunstancias: de la variedad de formas históricas y sociales de poblamiento (origen de una primera división entre culturas urbanas y culturas rurales); de las diferencias en la especialización laboral de las distintas comarcas (generadoras de tradiciones culturales diversas según se trate de zonas industriales, pesqueras o agrarias, etc.); de la distinta incidencia del euskera y del castellano; de las aportaciones de la población inmigrante; de la proximidad de otras áreas culturales; de las múltiples y diversas tradiciones locales; del mayor o menor nivel de instrucción; de las consecuencias de las transformaciones económicas y sociales del país; y de otros factores. Las circunstancias políticas tendrían también su importancia. De una parte, la aparición del nacionalismo impulsaría, desde principios de siglo, los movimientos reivindicativos en favor de la re-euskaldunización del País Vasco, en favor de su «renacimiento» cultural desde una perspectiva que reducía cultura vasca a la etnocultura euskaldún de la región; de otra, los períodos de proscripción del nacionalismo (dictaduras de Primo de Rivera y Franco) serían años de represión del euskera y de ignorancia de lo euskaldún.

Cultura vasca sería, por tanto, un concepto que englobaría todas las tradiciones culturales que se han ido generando en el País Vasco. Que una definición tan aparentemente inocua no sea unánimemente aceptada —y no lo es: basta ver cualquier manual de literatura vasca y comprobar la exclusión de los escritores vascos en castellano— es, a su vez, revelador. Se deriva de que el País Vasco sigue sin tener —en 1984— una conciencia homogénea de nacionalidad; de que es una sociedad radicalmente escindida en torno a esa misma idea de nacionalidad. Lo que define a la cultura vasca contemporánea es, además de su pluralidad, la escisión de su propia conciencia, la división profunda en torno a lo que sea su propia esencia e identidad. La cultura vasca es, como la sociedad de la que brota, una realidad plural y escindida.

#### IV

Y eso queda más claro si se piensa en la intensidad y amplitud que el pluralismo político ha adquirido en el País Vasco contemporáneo. Se trata de un hecho verdaderamente decisivo y definitorio y, sin embargo, a menudo desconocido, ignorado o infravalorado. La fuerte personalidad histórica del carlismo y, más tarde, la del nacionalismo vasco han contribuido involuntariamente a deformar la historia contemporánea del País Vasco en la medida que, a veces, se ha asimilado vasco con carlismo y, luego, con nacionalismo. Hasta se diría que la visión nacionalista de la historia vasca —despliegue y desarrollo de un pueblo singular, marginado históricamente y en pugna por recuperar su identidad y auto-gobierno— ha acabado por imponerse. Absurdo sería negar que carlismo (en el siglo XIX) y nacionalismo (en el XX) han tenido una influencia considerable en la política vasca. Pero no han sido las únicas fuerzas políticas existentes ni han sido las únicas las únicas concepciones políticas y culturales del País Vasco válidas, coherentes e influyentes en la opinión.

Se ha minimizado la importancia histórica de otras corrientes, ideologías y tendencias políticas que han representado igualmente las aspiraciones del pueblo vasco. Se ha olvidado la ascendencia hegemónica que el liberalismo tuvo en las capitales vascas a todo lo largo del siglo XIX: los ejércitos carlistas nunca llegaron a rendirlas en ninguna de las distintas guerras. Bilbao aguantó varios sitios durísimos: así se generó su honda conciencia liberal, de la que tantas veces habló Unamuno como el rasgo más característico de la villa. Atendiendo a los resultados electorales, Bilbao fue, de 1900 a 1936, una ciudad radical en la que republicanos y socialistas tuvieron —salvo en 1933— representación mayoritaria. San Sebastián fue tradicionalmente una ciudad monárquica y liberal: no tuvo alcalde nacionalista hasta 1979. Vitoria estuvo políticamente en manos de conservadores, republicanos y carlistas.

No se ha destacado la fuerza que la tradición republicano-democrática, esto es, la izquierda, alcanzó en Bilbao, Eibar, Baracaldo, Irún, etc., ni la importancia que tuvieron los partidos monárquicos. No se valora debidamente lo que significa la extensión que desde finales del siglo XIX alcanzó el socialismo en el País Vasco —y el partido comunista, en algunos enclaves, desde 1921—, como fuerza hegemónica del movimiento obrero de la región. Carlismo, liberalismo, nacionalismo, republicanismo democrático, socialismo, comunismo han canalizado —y algunos canalizan todavía— las inquietudes políticas de los vascos. Del dualismo liberalismo-carlismo del siglo XIX, se evolucionó a un sistema que, en el primer tercio del siglo XX, tendió a la triangulación en nacionalismo-españolismo-izquierda; y luego —tras la larga experiencia del franquismo y la aparición de ETA y la izquierda abertzale—, a un nuevo modelo con cuatro subculturas políticas cristalizadas: nacionalismo vasco, socialismo, radicalismo abertzale (Herri Batasuna, Euzkadiko Ezkerra) y centro-derecha (UCD hasta 1982; Coalición Popular desde ese año).

Cualquier reflexión crítica y desmitificadora de la historia vasca pone en su debida perspectiva el particularismo vasco. La misma idea de nacionalidad tuvo una formulación comparativamente tardía. El Partido Nacionalista Vasco tuvo un papel relativamente menor hasta la Primera Guerra Mundial. Tan decisivos en la historia vasca como el hecho nacionalista han sido la dinámica de la revolución industrial, la evolución de la conflictividad laboral, el crecimiento y modernización de las ciudades o la inmigración masiva de trabajadores foráneos. No son más importantes ni más representativos de lo vasco Sabino Arana, Ramón de la Sota, Aguirre y Ajuriaguerra que Víctor Chávarri, Gregorio Balparda, Facundo Perezagua, Horacio Echevarrieta o Indalecio Prieto. Y esos son nombres significativos en Vizcaya pero casi irrelevantes para la historia de Guipúzcoa y Alava. Para Guipúzcoa interesan mucho más las trayectorias de un monárquico como Fermín Calbetón, de un republicano como Fernando Sasiain —alcalde de San Sebastián de 1931 a 1936—, de un socialista como Toribio Echevarría, de un comunista como Jesús Larrañaga o de un tradicionalista como Víctor Pradera. Además, la historia contemporánea de Alava tiene poco que ver con la de Vizcaya o Guipúzcoa: allí, el nacionalismo y la industrialización han sido prácticamente inexistentes hasta nuestros días (hasta 1960-80). Cuando se dice, por ejemplo, que los vascos lucharon con la República en la Guerra Civil de 1936-39 se olvida que Alava secundó mayoritariamente, como Navarra, el alzamiento franquista.

Todo ello significa que la evidencia histórica a lo que apunta es a que la historia del País Vasco —me refiero siempre al País Vasco contemporáneo—, es la historia de una sociedad a la que hay que definir de nuevo como plural y compleja, en la que han convivido, y conviven, dos lenguas y varias culturas, y en la que han arraigado múltiples ideologías y muy diversas opciones políticas, sin que ninguna de ellas haya sido totalmente hegemónica (aunque el PNV estuviese cerca de serlo en 1933 y, más claramente, desde 1979). Que repase quién lo dude la historia electoral de la región: se verá cómo han ido cristalizando varias culturas políticas con una geografía propia y específica, se verá que

las principales opciones políticas son allá la expresión de realidades culturales y sociales fuertemente arraigadas. Y se comprende que así sea. Porque el pluralismo político vasco responde por lo menos a cuatro circunstancias: a la diferente evolución histórica de cada una de las provincias vascas; al desigual desarrollo económico de sus distintas zonas y comarcas; a la heterogeneidad demográfica y sociológica de su población; a las diferencias de los vascos en tono a la idea de nacionalidad vasca, en la manera de entender su propia personalidad histórica.

## V

Y, sin embargo, aunque toda la evidencia apunta en favor de una interpretación de la realidad vasca como la más arriba esbozada, es un hecho que el País Vasco viene debatiéndose entre dos concepciones distintas: entre una concepción que afirma la existencia de una nacionalidad vasca diferenciada y otra que sostiene la españolidad última del pueblo vasco. Digamos rápidamente que ambas son erróneas. La concepción nacionalista —lo que podríamos llamar «el error Arana»— interpreta el euskera como lengua nacional, Navarra como entidad originaria de los vascos, los Fueros como códigos nacionales, la integración de los vascos en Castilla como un pacto de soberanía, la etnicidad como rasgo diferenciador del pueblo vasco, la historia vasca como una lucha secular de los vascos en defensa de su personalidad y de sus instituciones. La interpretación española —lo que podríamos llamar el «error Unamuno»— subraya la no existencia de una entidad histórica vasca independiente, afirma el carácter navarrista (no vasco) de Navarra, enfatiza la integración voluntaria de los vascos en la corona de Castilla, destaca su decisiva contribución al desarrollo del Imperio español, recuerda la amplia castellanización lingüística del País Vasco (y la ausencia de textos políticos históricos y de literatura en euskera), ve en los Fueros unas instituciones del antiguo régimen español: hace de los vascos y de lo vasco un elemento constitutivo de lo español.

Ambas tesis son insuficientes. Por decirlo brevemente las tesis aranistas ignoran las dimensiones no étnicas de la cultura y de la historia vascas, desconocen las perspectivas españolas de esa historia, extrapolan y confunden conceptos y argumentos (soberanía, autogobierno, etnicidad, etc.). Las tesis «unamunianas» minimizan la singularidad cultural y lingüística del hecho vasco, eluden plantearse radicalmente la significación política y cultural de la existencia de lo euskaldún, quieren ignorar la realidad del particularismo y del nacionalismo vascos.

Son, repito, tesis insuficientes. Pero es que, además, no son las únicas. En el País Vasco existe —con una larga tradición y una vieja historia— lo que podríamos llamar —echando mano de una expresión que utilicé ya en 1979— una «tercera vía» de interpretación; existe, por tanto, una alternativa a aquella dualidad inconciliable y estéril. Se trataría de una interpretación nunca formulada sistemática y coherentemente, que no coincide con partidos políticos determinados, sino que se expresó a través de tesis más o menos coincidentes —aunque dispersas— de individualidades y grupos de ideología y significación política muy diversas. Y, así, cabría incluir dentro de esa vía a demócratas y liberales (Benito Jamar, Francisco Gascue, Ramón Madariaga, etc.) que, convencidos de la singularidad histórica del pueblo vasco, abogaron por una reintegración de los Fueros —abolidos en 1876— en una autonomía democrática; a las distintas corrientes fueristas —el carlismo no monopolizó el fuerismo vasco: todo el liberalismo vasco del XIX fue fuerista—, que, desde perspectivas o conservadoras o liberales, pero siempre españolistas, defendieron los Fueros desde un rechazo de las medidas asimilistas y centralizadoras adoptadas en 1839 y 1876. Habría que incluir también en ella a sectores del nacionalismo caracterizados por una concepción no exclusivista, flexible, dialogante y abierta de la nacionalidad (Landeta, Ulacia, Gárate, etc.); a historiadores, etnógrafos, filólogos, etc.

—el caso de un Julio Caro Baroja en la postguerra— cuya obra de recuperación de la etnocultura y lengua vascas implicaba también el reconocimiento de la singularidad de los vascos, pero sin atribuir a esa singularidad ninguna significación más allá de la meramente cultural y sin rechazar las tradiciones no euskaldunes que existen en el País Vasco desde que hay rastro histórico de él. Habría, finalmente, que citar el caso de los partidos obreros —socialistas y comunistas— cuyo énfasis en cuestiones laborales y de clase y su oposición decidida al nacionalismo no impidió la aceptación de las aspiraciones autonómicas vascas: el Estatuto de 1936 fue el estatuto de las izquierdas, del Frente Popular —no del Partido Nacionalista Vasco—, obra casi personal del líder socialista, Indalecio Prieto.

Se trata, pues, de una vía que no tiene dificultad en ver lo que de singular y diferenciado puede haber en lo vasco: fundamentalmente, la lengua, algunas instituciones (los Fueros), algunos rasgos de la mentalidad colectiva, ciertas formas de comportamiento y la propia conciencia particularista. Pero que cuestiona y rectifica, radicalmente, muchos de los argumentos diferenciadores y opta por respuestas integradoras y eclécticas: reconocimiento de la personalidad del pueblo vasco pero a partir del reconocimiento paralelo de la insoslayable dimensión peninsular de toda la historia de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, y de la intensa vinculación histórico-cultural de los territorios citados a Castilla y a España; definición del euskera y de la etno-cultura euskaldún como idioma y cultura propios de los vascos, pero ampliación renovadora del concepto de cultura vasca en razón de su dualidad lingüística, su horizonte español, y la diversidad y modernidad de su problemática; afirmación de la identidad euskaldún, pero afirmación también de la identidad española de lo vasco, como expresión ambas identidades de lo que ha venido siendo la personalidad vasca en la historia.

Las consecuencias políticas que de una concepción tal puedan derivarse interesan poco a los efectos de estas líneas (que quieren tener simplemente una función enunciativa). Pero quede expresada la convicción de que la «tercera vía» podría ser el fundamento del compromiso básico que sobre su identidad necesitan los vascos para regular armónicamente su convivencia. Sólo una definición flexible y ecléctica de la personalidad vasca —de la nacionalidad si se quiere—, que recoja la diversidad cultural, étnica, lingüística y política del pueblo vasco —mejor: de la sociedad vasca— puede servir de vínculo integrador de la misma.

## VI

Y es que, desde que Sabino Arana formulara la idea de una nacionalidad vasca, desde que acuñara el concepto de Euskadi como patria de los vascos, cristalizaría una realidad de la que surgieron muchas de las dificultades que retrasarían siempre —en los últimos cien años— la solución de lo que convencionalmente se ha llamado problema vasco: la división de los vascos sobre el concepto político, histórico y geográfico de Euskadi; la escisión de la conciencia vasca en torno a la misma idea de nacionalidad. Afirmar o negar la nacionalidad vasca sería desde entonces el gran problema intelectual del País Vasco.

Arana creó un partido político, el PNV, al servicio precisamente de un proyecto inequívoco: la afirmación de la nacionalidad vasca. Que lo hiciera desde perspectivas ultrarreligiosas o xenofóbicas —incompatibles, por eso, con la sensibilidad democrática moderna— importa poco (entre otras cosas, porque el nacionalismo vasco evolucionaría hacia una concepción social, democrática y cristiana de lo vasco, en la que afirmación de la nacionalidad equivaldría a recuperación de lo euskaldún). Lo que importa es que todo el proyecto nacionalista conllevaba, por definición, una visión necesariamente particularista de la propia realidad vasca, una visión que no reconocía la complejidad cultural, polí-

tica, social e histórica del hecho vasco. Al no hacerlo, al reducir lo vasco a lo euskaldún, el PNV nacía como un partido particularista vasco (aunque se trataba de un particularismo cultural y no de clase): podría representar, defender y satisfacer a la comunidad euskaldún, pero nunca a la totalidad de la sociedad vasca. Ni siquiera a la mitad de ella. Porque en el País Vasco contemporáneo no se configurarían sólo dos comunidades, una autóctona y otra inmigrante. El grado de integración de los inmigrantes ha sido en el País Vasco —aunque se acuñaran contra ellos, en ocasiones, calificativos hirientes («maketos», «coreanos», etc.)— comparativamente notable, quizá por el papel que la ética igualitaria del trabajo ha tenido en esa sociedad.

La característica del País Vasco es, como ha quedado dicho, la coexistencia de varias subculturas políticas, con fronteras extremadamente difíciles de trazar. La explicación es que se diferencian por razones muy diversas: étnicas, de clase, ideológicas, geográficas, por su posición ante la idea de nacionalidad, por la mayor o menor euskaldunización del entorno, por su concepción de lo vasco, por el peso de las tradiciones locales, etc. Así, núcleos importantes de la alta burguesía urbana e industrial fueron, desde pronto, conservadores y españolistas y, desde 1975, votarían o a UCD, o a Alianza Popular, o a la Coalición Popular (o se abstendrían); la burguesía industrial y las clases medias urbanas fueron antes de 1936 o nacionalistas o liberal-republicanas y, desde 1975, votarían al PNV y, en menor grado, a opciones más o menos centristas y socialistas. La clase trabajadora autóctona fue haciéndose nacionalista —sobre todo, en Guipúzcoa— y, en la transición, votaría o al PNV o a la izquierda *abertzale* pero también, en ciertos puntos, a los socialistas y a los comunistas. La clase obrera inmigrante votó tradicionalmente —antes del 36— socialista; pero parte de la inmigración de los años 50 y 60 votaría en 1979-83 a los partidos *abertzales*. Ciertas tradiciones locales se perpetuarían, a pesar de las profundas transformaciones sufridas por la sociedad vasca desde 1936-39: en 1975-83, el Partido Socialista seguía teniendo su fuerza, como en 1931-36, en Baracaldo-Sestao, Eibar, Bilbao, San Sebastián-Irún, etc.; en el Bilbao de 1980 había reaparecido aquella triple conciencia española, socialista y nacionalista que le caracterizó antes de 1936; Alava continuaba siendo, después de Franco, mucho menos nacionalista que Vizcaya y Guipúzcoa, exactamente como ocurría antes de Franco; pese al fuerte resurgir del vasquismo desde la década de 1960, las capitales seguían siendo enclaves culturales complejos mucho menos vasquizados que sus provincias.

Es toda esta complejidad lo que no contemplaba ni recogía la idea de nacionalidad de Arana. El problema del nacionalismo vasco es que, ante todo y sobre todo, es, como decía antes, particularista: su concepción euskaldunista de lo vasco, que le es irrenunciable, le condena a subordinar toda su política a lo que es una idea reduccionista de la afirmación de la nacionalidad vasca. Por eso que vaya a ser muy difícil que desde una perspectiva nacionalista, surja la definición del País Vasco que dé explicación cabal de la sociedad vasca moderna y que formule ese núcleo elemental de principios fundamentales que, aceptados por toda la comunidad, permitan su vertebración. Reconocer que el pluralismo es la característica determinante del actual País Vasco equivale a renunciar a construir un País Vasco como una comunidad orgánica y unitaria, basada en fuertes vínculos de lengua y etnicidad cultural.

Y, sin embargo, el pluralismo es el elemento definidor de la identidad del País Vasco industrial, urbanizado y moderno, surgido de la revolución industrial posterior a 1876. Como tantas veces se ha dicho más arriba, el País Vasco es una sociedad plural, segmentada, diversa y heterogénea. Negarlo es o ignorancia involuntaria o falsificación deliberada. Se necesita, por tanto, profundizar en el análisis de la naturaleza y funcionamiento de las sociedades plurales y discutir al menos lo que eso significa. Hay dos puntos que no pueden soslayarse: 1) que la estabilidad y funcionamiento de una sociedad plural exigen la conciliación e integración de la diversidad que la caracteriza; 2) que pluralismo

cultural y democracia política son consustanciales; pluralidad equivale a sociedad libre. En otras palabras, las sociedades plurales necesitan lo que Lijphart definió como un modelo de «democracia consociacional» y que, en razón de tan horrendo adjetivo, sería mejor llamar «democracia integradora». La estructura actual del País Vasco exigiría, por tanto, políticas de integración, de equilibrio entre las distintas subculturas y minorías, políticas de conciliación, de superación de exclusivismos, políticas abiertas, de consenso, que excluyan las imposiciones unilaterales y sectarias de conceptos y proyectos político-culturales exclusivistas. Por eso que dijera antes que sólo una definición flexible y ecléctica de la personalidad vasca, una definición que recoja la pluralidad cultural de la sociedad vasca, puede servir de fundamento de sus instituciones políticas. El caso es que los elementos para una tal definición existen; han ido elaborándose al hilo de la propia historia contemporánea del País Vasco. El concepto de Euskadi ha variado sensiblemente desde Sabino Arana. Después de lo ocurrido entre 1939 y 1975, no cabría ya la asimilación entre particularismo vasco y tradicionalismo político (bien carlista, bien nacionalista), o entre pueblo vasco y religiosidad montaraz y fanatizada, en que incurrieron liberales y demócratas hasta prácticamente la guerra civil. Pese a la irritación que todo lo vasco produzca —debido fundamentalmente al terrorismo de ETA y a las vacilaciones del PNV—, el viraje que en su día se produjo hacia una valoración positiva de las peculiaridades de las culturas «históricas» españolas —la vasca, la catalana, la gallega— parece haber sido irreversible. La democracia española, al menos, acabaría por concebir España como una pluralidad de pueblos y culturas. Para esa democracia, Euskadi quiere decir una entidad democrática vasca dentro de una España constitucional y descentralizada. No será la patria de los vascos que quería Arana; pero es un proyecto vasco de autogobierno que garantiza la supervivencia de unas instituciones políticas vascas propias y distintas.

En ese punto, por tanto, se ha ido lejos. Falta aún por elaborar el nuevo concepto de identidad vasca que responda a la realidad social y cultural del País Vasco contemporáneo. En estas líneas se abogaba precisamente por una nueva definición que recogiese las nociones de pluralidad, diversidad y modernidad; se apostaba en ellas por una idea plural, crítica y abierta de lo vasco, por un ensanchamiento decidido de los conceptos de identidad y cultura vascas. Y eso por una razón fundamental, reiteradamente expuesta: por haber creído descubrir que el pluralismo es el hecho capital del País Vasco contemporáneo.

El nacionalismo tiene miedo a una nueva definición de lo vasco no particularista. Se equivoca. Los pueblos mantienen su personalidad histórica precisamente en la medida que crean una cultura dinámica y moderna, porque ésta es la única que puede proyectarlos hacia el futuro. La identidad cultural de un pueblo no puede entenderse estáticamente ni vincularse exclusiva ni excluyentemente a un reducido número de rasgos culturales singulares: menos aún, cuando ese pueblo se ha constituido en una sociedad dinámica y diversificada. Una cultura está petrificada en el pasado, marginada y en vías de extinción cuando sólo se ocupan de ella o la arqueología o la antropología. Y, al contrario, los pueblos están tanto más vivos —y más seguros de su conciencia e identidad— cuanto mayor es la diversidad y pluralidad de su cultura, cuanto mayor es la influencia de su producción intelectual sobre la vida cultural de su tiempo. Esa vitalidad sólo lo logrará el País Vasco si asume, con todas sus consecuencias, la naturaleza radicalmente pluralista, de su personalidad.